
Enrique Valencia*

*LA CRISIS DE LAS CIENCIAS
SOCIALES
en México*

Abordar el problema de la identidad del científico y del intelectual es en buena medida enfrentar el problema de la identidad de su ciencia y de su campo de cultivo. A su vez, el problema de la identidad de las profesiones se define en buena parte por los elementos subjetivos de quienes la practican. Valores, actitudes, lealtades y orientaciones de los practicantes, son inseparables del conocimiento o arte que cultivan y ofician.

Esta doble problemática, cuando de las ciencias y los científicos sociales se trata, tiene un carácter mucho más peculiar y radical. La dialéctica *sujeto-objeto* en el conocimiento de lo social, hace de la objetividad y la subjetividad cognoscitivas identidades parciales en permanente contrapunto, y constituyen el problema epistemológico por excelencia de los científicos y las ciencias sociales.

Los estudios sociales siempre han alimentado sus raíces con los intereses y las preocupaciones de la sociedad que intentan analizar. Como lo recordara Paoli, al hacer la historia de las ciencias sociales, detrás de toda teoría general de la sociedad hay un proyecto de ella.

Los ejemplos abundan. Tras las reflexiones de Weber sobre la neutralidad valorativa de las ciencias sociales, había la preocupación de mantener incontaminada la academia alemana del virus racista, y preservar su propio *status* intelectual y académico al servicio de la historia y la sociología. La erección del dogma de una ciencia social libre de valores entre los científicos norteamericanos de los años cincuenta y principios

* Profesor adscrito al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la FCPyS-UNAM.

de los sesenta correspondió a la variante macartista de la Guerra Fría. El triunfo de la Revolución Cubana, en América Latina, arrojó por la borda el social positivismo de la teoría del desarrollo y redescubrió la teoría del imperialismo en las tesis sobre la dependencia.

La creencia en una ciencia social libre de valores o a la aserción histórica de la dependencia no son únicamente “teoremas intelectuales, exigidos como sacrificio a la razón”. Son también concepciones de la vida y de un rol, tanto de la ciencia como de los científicos.

Desde esta perspectiva, los productos de las ciencias sociales (conocimiento y sistemas de conocimiento) no representan esencias eternas. Son más bien ideologías de grupos sociales especiales (“nuevas clases” según Gouldner), en este caso los científicos sociales, en su actuar como *intelligentsias*, o sea como individuos que contribuyen a configurar sistemas de poder.

La herencia intelectual de la *intelligentsia* sociológica, desde Sócrates, ha descansado en la crítica de las instituciones tradicionales y de la misma tradición que las sustenta, y este es un rasgo sustantivo de su cultura y un derecho reivindicado de su práctica. Por ello las ciencias y los científicos sociales han sido también un objetivo selecto del autoritarismo y la dictadura.

No quiero afirmar con esto que la cultura crítica ha sido siempre el elemento de identidad de la ciencia y los científicos sociales. Pero no hay duda que lo mejor y más sobresaliente de unas y otras se halla asociado a esta visión de la realidad social.

De acuerdo con lo anterior, de una manera académica puede sostenerse que el gran objeto de estudio de la ciencia social ha sido el proceso de cambio, como modo de ser fundamental de la estructura de la sociedad, y que el pensamiento sociológico se ha desarrollado en los intentos por entender y explicar el cambio, a partir del análisis de las fuerzas sociales que se confrontan en su seno.

A partir de esa aseveración puede afirmarse que en las ciencias sociales y para los científicos sociales, la posición crítica y la posición científica convergen y tienden a identificarse. Por lo menos así parece acontecer con los *científicos sociales intelectuales* —que representan el legado cultural de la ciencia social, su razón crítica— a diferencia de los *sociólogos profesionales* que representan su *razón instrumental*. ¡He aquí la diferencia sostenida por Gouldner: vivir *de* la sociología o vivir *para* la sociología!

El sociólogo norteamericano Robert Lind, refiriéndose a lo mismo, señala que el *erudito* y el *técnico* son, en su opinión, los dos tipos del moderno estudioso de las ciencias sociales: “El *erudito*, alejándose de los problemas inmediatamente pertinentes, y en ocasiones perdiéndolos

de vista; el *técnico*, definiendo con suma frecuencia sus tareas en una relación miope y demasiado estrecha con el ambiente institucional dado en cada ocasión”.

Parece ser que esta diferencia ha constituido, hasta ahora, la tensión fundamental vivida por las ciencias y los científicos sociales, y ha sido ésta la que ha ido distinguiendo corrientes, escuelas, espacios de acción, concepciones teóricas, hipótesis y modelos para investigar y enseñar. . . Y también dignidad e interioridad personales.

La identidad de los científicos sociales está profundamente ligada a sus propios valores y a los de la sociedad que analiza, y su actividad tiene implicaciones morales, haber puesto distancia entre valores e implicaciones morales, significó una forma de libertad de las ciencias sociales, pero con frecuencia significó también una falta desorientadora de normas. Como apunta Gouldner, la indiferencia moral y la virtud de las ciencias y los científicos sociales no es la separación de hechos y valores, sino su conexión crítica.

Si en todas las profesiones —como muestran las investigaciones sobre la sociología profesional— existe una tendencia a la exclusión de los extraños y al control exclusivo sobre quienes la practican, los contenidos valorativos y morales del conocimiento social tornan más radical este comportamiento de los oficiantes de las ciencias sociales. Por ello no debe extrañarnos que muchos científicos sociales se ocupan más de criticar a sus colegas que las profundas deformaciones de la sociedad.

En este caso la “gramática crítica” de los científicos sociales tiende a revelar no tanto la crítica de la sociedad, como la crisis del poder que a la *intelligentsia* sociológica le daba esa gramática. La crisis de identidad se revela por la crisis del discurso crítico y de su poder como reflejo. Con ello, las ciencias sociales pierden su capacidad autocrítica y por lo tanto su potencialidad renovadora.

Obviamente la crisis generalizada que sacude al mundo contemporáneo, ha hecho más evidentes estas diferencias y contradicciones en las ciencias sociales y entre los científicos sociales y ello agrega nuevos elementos a la crisis de unas y otras.

Bien se sabe que las identificaciones e identidades cambian necesariamente en el curso de la historia, como consecuencia de las transformaciones culturales, políticas y tecnológicas. Las crisis, por su parte, tienden a subvertir las identidades individuales y colectivas, al derribar las referentes tradicionales de identificación y eliminar las expectativas fincadas en ellas.

Entre los muchos efectos que ha producido, la crisis actual, está el de haber puesto en cuestión la identidad y validez de las ciencias y los científicos sociales. Ese cuestionamiento proviene de los conflictos profun-

dos suscitados en el pensamiento y la sociedad contemporáneas y en la transformación del universo social como objeto de estudio.

También esa crisis se relaciona con la casi ninguna cabida que, desde la óptica tecnocrática, tienen las ciencias sociales en los proyectos de lucha contra la crisis general. Por un lado el repudio al Estado Benefactor y a sus políticas integradoras, suprimió de tajo la valorización social y política de las ciencias y los científicos sociales, que en sus momentos fueron las fuentes de datos para las políticas sociales y las correas de transmisión preventiva de las inconformidades sociales; suprimió también, por tanto, las posibilidades de empleo. Por otro lado, la ideología neoconservadora, convertida en doctrina y filosofía de la sociedad pudiente, con su racionalidad friamente productiva, con su imperio de las relaciones de mercado, con su visión de la desigualdad social como cosa propia de la sociedad, con su desprecio a la masa y al pueblo, ha hecho innecesarias las ciencias sociales y los científicos sociales, que lógicamente aparecen como agentes de la subversión y la inestabilidad. Su razón crítica pierde todo sentido de ser, privilegiándose sólo su razón instrumental para la mercadotecnia y el control de la opinión pública.

En contrapartida, las fallas, contradicciones y desilusiones del “socialismo realmente existente”, han contribuido a reforzar y legitimar la dogmática neoconservadora y a deteriorar la utopía socialista y el humanismo que suscitó su irrupción como proyecto alternativo de la nueva sociedad.

Crisis del Estado Benefactor, dominio del neoconservatismo y crisis de la utopía socialista, han debilitado y hecho dudosa la herencia cultural de las ciencias sociales, y con ello el papel de los científicos sociales.

Ahora las ciencias y los científicos se hallan ante la encrucijada de una pérdida de identidad y de la frustración que se deriva de la impotencia para contribuir a resolver los problemas profundos de la sociedad.

Esta encrucijada significa también pérdidas en el estatuto social e institucional de las ciencias y los científicos sociales, y con ello de las parcelas de poder y autoridad que ganaron cuando fueron útiles al Estado y su discurso crítico tuvo resonancia.

En esta crisis se echa de menos, por otra parte, la ausencia de un gran movimiento teórico dentro de las ciencias sociales que revise y repiense su papel histórico vivido hasta ahora. El posmodernismo que a muchos parece la respuesta, sólo puede agregar una dosis mayor de desilusión a disciplinas que lucharon desde su nacimiento por establecer los principios racionales y justos de las relaciones sociales entre los hombres.

Creo que los científicos sociales están en el momento en que deben revisar y repensar su estatuto intelectual, institucional y humano. La reconstitución de la identidad por medio de una *ideología viva*, o sea de

una serie de ideales e ideas que unifique esfuerzos, los lideren y los dirijan, es más que nunca una necesidad impostergable. Es necesario volver a sentirnos profundamente vivos y activos, experimentar una tensión activa de mismidad, de posesión de nosotros y de sí mismos, y recuperar la confianza de poder realizar esa unidad con nosotros y consigo mismos.

La identidad personal supone el sentimiento subjetivo de una existencia continua y una memoria coherente. Supone asimismo una actitud mental o moral que, al descubrir la identidad, nos permite hacernos sentir profundamente vivos y activos, nos permite hacernos sentir profundamente vivos y activos. El desarrollo de una identidad madura presupone, además, una comunidad de valores compartidos, que lleguen a ser significativos para todos.

Procesos históricos como los que vivimos en la actualidad, también aparecen vitalmente relacionados con las demandas de identidad de las nuevas generaciones, resumidas en la actitud de que el pasado debe borrarse y el futuro debe garantizarse. Ante ello el conflicto de identidad o la aspiración a una fidelidad de las ciencias y los científicos sociales, pueden significar la renovación de la tradición, la innovación o la crítica de la sociedad, puesta en cuestión por la experiencia esencial que revela una época y la historia del desarrollo de un pensamiento sociológico.